los cerros del cielo y que embellecía los eucaliptos, anunciaba el sol, aquel obstinado sol de cada día. El camino se convirtió, imperceptiblemente, en sendero, y luego, en desnuda pendiente. Isolda jadeaba, sofocándose, pero Lucanor parecía no advertirlo, subiendo siempre con paso elástico, entre las finas y húmedas hierbas, de espaldas al mar, con su rostro duro, lívido, con la barbilla azul y los ojos vidriosos y empañados."

Para subir al Cielo está en la línea de la nueva orientación de la novelística chilena. Algunos caracteres de la novela están trazados con exactitud, con muy fina penetración psicológica. No creemos que sea el destino el que trunca la vida de unos enamorados, sino, más bien, la voluntad consciente de ellos mismos.

V. M.

*

https://doi.org/10.29393/At383-27CDLM10027

Cuero Duro, novela de Hernán Jaramillo

Tiene algunos antecedentes de linaje criollista, la novela *Cuero Duro,* de Hernán Jaramillo, recién publicada por Nascimento. Algunos consanguíneos de raza plebeya y otros de estirpe más acomodada, limítrofes con la más alta burguesía. El primo hermano pobre de Avelino Fuentes Orellana, héroe y protagonista, cuya monstruosa longevidad y piel sufrida, le traen el apelativo de *Cuero Duro,* es Pilintra, personaje de *La Caleta,* de Leoncio Guerrero, siempre acorralado por la miseria que lo fustiga desde afuera y el alcohol que lo enerva y enloquece por dentro, lanzándolo a una vida oprobiosa, inútil. Ambas novelas, por lo demás, la de Guerrero y Jaramillo, señalan un rebrote del criollismo, cuyos maestros indiscutibles han sido Mariano Latorre, Luis Durand, sin perder de vista, acaso al más poeta de todos, a Federico Gana, el insubstituible creador de *La Señora.*

Hernán Jaramillo y Leoncio Guerrero se hermanan también por su inclinación a un feísmo oprobioso que en Jaramillo, tal vez más metafísico que Guerrero, se convierte en la exaltación bíblica de un héroe manso, paciente como Job, cuya potencia genética se asienta acaso en la sobriedad de su alimento.

Los parientes más linajudos de *El Mocho* o *Cuero Duro,* son Anselmo Mendoza, el feroz y tierno protagonista de *Frontera,* de Luis Durand, y don José Pedro Valverde, así no omitiendo el dómine, el *Gran Señor y Rajadiablos,* de Eduardo Barrios. Sólo cabría establecer otros matices que ya nada

tendrían que ver con Jaramillo y que incumbirían al lirismo apasionado de Luis Durand y al compás lento, plástico, más sustentado en la anécdota que en la captación de la vivencia, con que novela Eduardo Barrios. Tampoco es justo olvidar a don Diego Ugarte, el personaje de *Don y Doña,* de Waldo Urzúa, tan bien recortado y preciso en su justo dibujo, difuminado al último, por timidez, rubor o insuficiencia novelística, de quien lo echó al mundo. Pero son todos ellos héroes aguerridos frente al santo del muladar que nos ofrece Jaramillo.

De todos los autores que hemos nombrado, Jaramillo se vincula con Durand por su temperamento atolondrado, más propicio al relato breve que a la paciente sinfonía novelesca y a Leoncio Guerrero por las impulsiones inasibles que determinan su fisonomía social. Es decir, Guerrero y Jaramillo escogen como héroes de la raza, al sujeto apenas sobreviviente de las horrendas presiones y bajezas que soporta, todas englobables en un sólo denominador: la irremediable y vitalicia pobreza. Y ya que vamos despejando factores a fin de establecer una opinión, discutible, como todas, por cierto, diremos que Jaramillo sublima un poco más a su vapuleado héroe, a su Avelino Fuentes o El Mocho, campeón con savia suficiente para nutrir a diez o más, bien dotados varones. En medio de sus piojos, de su servilismo sin ninguna mácula rebelde, El Mocho hace sentir a lo menos la dicha de haber arrojado treinta hijos al mundo, no todos más desgraciados que él mismo, pero sí, menos castizos que el legendario progenitor.

En ese aspecto, la novela de Jaramillo cumple su finalidad, el cometido que debe haberse propuesto el autor. Sólo que el simple grito renovado de entusiasmo o protesta no alcanza a conformar ese todo armónico que ha de ser una novela, y deja al lector ayuno de algo más, sin aptitud para convertir los relumbres aislados, en una luz vital, cuyo foco no se distinga, en unas voces humanas que configuren la presencia de uno o más personajes. El motivo de esta insatisfacción habría que buscarlo en que Jaramillo es más que otra cosa, un cuentista, un relator de estilo seco, apegado a una anécdota que sabe manejar con pulso excesivamente rápido, pero no desprovisto de ternura y sensibilidad. En su libro *La Buenamoza y el Toro,* editado hace algunos años por Nascimento, está su cuento antológico *La Cabra de Angora,* uno de los más hermosos temas de campo y de sordidez humana que se hayan escrito en Chile.

Cuero Duro, la última novela de Jaramillo, narra a trozos magníficos y sugerentes, cuentos que de un ángulo u otro han sido tratados por otros autores, pero nos priva de una totalidad novelística, de esa construcción y desarrollo

armónicos, basados en el contraste brusco y en los más sutiles matices que dan novedad, "novela", como diría un filólogo, a un suceso individual o gregario de la sorprendente existencia humana. Sólo cabría observar el estilo algo engolado y abstruso de Jaramillo, hombre sano y dinámico que por su trabajo convive entre peones y chinas, estando algo contagiado con la eufonía maliciosa de sus hablas.

Renovar con esta novela de Hernán Jaramillo la polémica entre criollistas y anticriollistas nos parece fuera de lugar; sólo hay buenos y malos novelistas, abstractos, urbanos o vernáculos, y una obra no se impone con argumentos en favor suyo, sino con su propio resplandor. Nosotros sólo hemos desconfiado siempre del paisajismo, que mezcla la plástica con la literatura y si se trata de novelas o cuentos de costumbres, no alcanza a perfilar un carácter. Hernán Jaramillo huye del simple paisajismo y busca, todavía, en forma atolondrada, casi bárbara, la silueta interna del hombre. Con ello da un paso esforzado, heroico, en nuestra mejor prosa campesina.

*

El Muchacho, novela de JAIME VALDIVIESO

EL AUTOR NARRA en primera persona un proceso subjetivo, adolescente, con sensible precisión de rasgos, con las rebeldías crudezas y crueldades, de quien, por fortuna, no alcanza la monótona edad de la razón. James Joyce, en su *Retrato de un Artista* o en los trozos más directos y escabrosos del *Ulysses,* está presente en esta novela breve, impresa con letra grande, que sólo alcanza 124 páginas. Acaso el problema novelístico exija, en primer término, escribir con soltura y sin prejuicios el propio diario íntimo; en seguida, retratar a los personajes vivos que nos rodean, trasladar a la letra impresa la complejidad de su lenguaje —como aconsejaba Nietzsche— y, en seguida, lanzarnos al mundo de la creación sorpresiva. La más desorbitada fantasía tiene su propia lógica, cierta equidistancia, cierto rigor en los matices y contrastes. Valdivieso todavía se detiene en las frondas del lenguaje; pero hay en él un escritor de fibra, tenaz, inconforme.

*

Cuatro Estaciones, novela de JOSÉ MANUEL VERGARA

SI SE NOS evocara a dar un perfil, una impresión, del autor de esta obra, a quien conocemos personalmente, pero no con la indispensable hondura, di-